

LA MISA TRADICIONAL: UN GRAN LEGADO LITÚRGICO DE BENEDICTO XVI

Mons. Alberto José González Chaves



**II Encuentro *Summorum Pontificum* Andalucía
X Aniversario del Motu Proprio**

**Salón de actos del Palacio Episcopal de Córdoba
Sábado 23 de septiembre de 2017, 12.30 h.**

**COMISIÓN MISA TRADICIONAL ANDALUCÍA
www.misatradicionalandalucia.com**

INTRODUCCIÓN

Tras ofrecerme gentilmente la elección del título para esta conferencia y declinar yo tal decisión en favor de los propios organizadores, se me propuso éste: “La Misa Tradicional: *el* gran legado litúrgico de Benedicto XVI”. Acepté, sumamente complacido, con la única precisión, que me fue inmediatamente aceptada, de cambiar el artículo determinado por el indeterminado. Porque entiendo que el Motu proprio *Summorum Pontificum* cuyo décimo aniversario estamos conmemorando con viva gratitud a Benedicto XVI no es *la* principal herencia de nuestro recordado y querido Papa emérito. Digo esto, no sin señalar (aunque parezca contradecirme) que tal documento es la más importante de sus disposiciones como Romano Pontífice en el campo de la liturgia. Aun más, pienso que es uno de los actos más señeros de todo su pontificado. Iré todavía más lejos: considero que sólo ese hecho justificaría los ocho años de su permanencia en el Solio de Pedro, siendo así que todo el Pontificado benedictino ha sido de una riqueza aún inexplorada. Pero ese inmenso caudal teológico y pastoral de la enseñanza verbal, escrita o gestual del Papa alemán, precedido por la amplísima producción del teólogo Ratzinger, ha manado siempre, y siempre ha ido a confluir en el Misterio de Dios celebrado y vivido con tan gozosa naturalidad como solemne y temblorosa adoración y contagioso sentido de la sacralidad.

Por eso entiendo que *Summorum Pontificum*, aunque no es “un legado”, en el sentido de “uno más”, tampoco es “el legado”. Para mí tengo que el gran legado litúrgico de Benedicto XVI es Benedicto XVI Liturgo. El Papa que, al año de su elección, decía con toda sencillez a sus sacerdotes de Roma: “Puedo asegurar que yo siempre he amado mucho la liturgia”¹ En este sentido, su *munus sanctificandi* ha sido *munus docendi*, aunque, por la humilde paciencia de quien ha gobernado la Iglesia durante ocho fecundos años con un asombroso respeto hacia todos, ambos *munera* no siempre se han traducido en el tercero: el *munus regendi*. Dicho en román paladino, aun cuando nosotros seamos amantes de la lengua del Lacio: Benedicto XVI ha preferido transmitirnos su legado litúrgico con su exquisita manera de celebrar los sagrados misterios y con la riqueza incalculable de su predicación, más bien que con decretos o golpes de timón que hubieran sido abruptos e inquietantes en no pocos ámbitos. Fiel a su mansedumbre personal, también su gobierno ha sido suave y sereno, enemigo de las rupturas e inserto en lo que él mismo llamó la “hermenéutica de la continuidad en la reforma”², confiando en una renovación impulsada por el Espíritu, callada pero eficaz.

¹ BENEDICTO XVI, Encuentro con el clero de la diócesis de Roma, 2 de marzo de 2006.

² BENEDICTO XVI, Discurso a la Curia Romana, 22 de diciembre de 2005. «La visión teológica de Ratzinger [...] ha mostrado una clara continuidad durante más de cincuenta años» (Cf. L. BOEWE, *Introduction. Joseph Ratzinger: his life, work and thought*. Más que entrar en una dialéctica entre progresistas y conservadores, en su visión teológica Ratzinger ha querido ir a lo esencial. «Apenas concluido el concilio, se afirmó... una interpretación eufórica de... los textos conciliares como ya superados en el acto de su promulgación y comprendía el concilio simplemente como un factor que habría puesto a la Iglesia en movimiento hacia un nuevo inicio radical en el futuro [...]. Una actitud semejante no está justificada ni por la letra ni por el así llamado "espíritu" de los textos conciliares. Por este motivo, la primera regla [hermenéutica] suena así: Ningún concilio puede ser interpretado por principio contra la tradición de la Iglesia» O.H. PESCH, *Das Zweite Vatikanische Konzil. Vorgeschichte*, Würzburg 1993, 149. Sobre el concilio como ruptura, cf. K. RAHNER, «Theologische Grundinterpretationen des II.

I. JOSEPH RATZINGER, TEÓLOGO DE LA LITURGIA

Ya en 1965, recién terminado el Concilio, el joven Ratzinger afirmaba en Münster, en una conferencia sobre la renovación en la Iglesia: «La gozosa emoción que provocó la idea de *aggiornamento* hace tiempo que se ha apagado»³. También por entonces, lamentaba: «Ahí están, entre dos piedras de molino, los que han luchado y sufrido por la renovación de la Iglesia, y que ahora se preguntan si las cosas no iban mejor en tiempos de los conservadores, que bajo el dominio del "progresismo"»⁴. Embarcado en una reforma «sin criterio»⁵, el posconcilio había confundido el *aggiornamento* con el mero cambio estructural, sin ir a las raíces de la verdadera reforma: malbaratando métodos pastorales muy valiosos se contribuía a una pavorosa crisis de fe, que aún continúa. Según Ratzinger, una hermenéutica que tergiversa el mensaje cristiano en palabras sin contenido, es una «teología antiteológica»⁶.

En 1984, el Cardenal Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe recordaba que «el Vaticano II se encuentra en rigurosa continuidad con los dos concilios anteriores (Trento y Vaticano I) y recoge literalmente su doctrina en puntos decisivos»⁷. «La Iglesia no es nuestra, sino suya. En consecuencia, las "reformas", las "renovaciones" —por apremiantes que sean—, no pueden reducirse a un celoso activismo para erigir nuevas y sofisticadas estructuras. [...] Verdadera "reforma"... no significa entregarnos desenfrenadamente a levantar nuevas fachadas, sino (al contrario de lo que piensan ciertas eclesiologías) procurar que desaparezca, en la medida de lo posible, lo que es nuestro, para que aparezca mejor lo que es suyo, lo que es de Cristo»⁸. Por eso los verdaderos reformadores han sido siempre los santos. Para explicarlo, había recurrido Ratzinger años antes a nuestra Teresa de Jesús: ¡ella sí que entendió la reforma, como una verdadera renovación eclesial rejuvenecedora! La Santa «tiró por la ventana el *aggiornamento* y creó la renovación que no era concesión, sino exigencia urgente de entregarse a la expropiación escatológica de Cristo»⁹.

Por eso, a fin de reconocer la prioridad de Dios sobre la Iglesia, Ratzinger invita a leer el Vaticano II sobre todo a partir de su primer texto aprobado: la Constitución dogmática sobre la sagrada liturgia, *Sacrosanctum Concilium*. Ya en 1966,

Vatikanischen Konzils», Schriften zur Theologie XIV, Zürich 1980, 287-302; S. MADRIGAL, *Karl Rahner y Joseph Ratzinger. Tras las huellas del concilio*, Santander 2006, 19-97.

³ J. RATZINGER, «Was heißt Erneuerung der Kirche?», *Diakonia* 1 (1966) 303-316; *Das neue Volk Gottes. Entwürfe zur Ekklesiologie*, Düsseldorf 1969, 267-281;

⁴ J. RATZINGER, *Kirche-Zeichen unter den Volkern. Schriften zu Ekklesiologie und Okumene*, Gesammelte Schriften 8/2 (=JRGS 8/2), Freiburg-Basel-Wien 2010, 1186-1187.

⁵ Cf. H. JEDIN, *Vatikanum II und Tridentinum. Tradition und Fortschritt in der Kirchengeschichte*, Köln-Oppladen 1968, 31.

⁶ J. RATZINGER, *Kirche-Zeichen unter den Volkern. Schriften zu Ekklesiologie und Okumene*, Gesammelte Schriften 8/2 (=JRGS 8/2), Freiburg-Basel-Wien 2010, 1201

⁷ J. RATZINGER, *Informe sobre la fe*, BAC, Madrid 1986, 34; cf. «Balance de la época posconciliar. Fracasos, tareas y esperanzas» en *Teoría de los principios teológicos*, Barcelona 1985, 439-453; «Der Weltdienst der Kirche. Auswirkungen von 'Gaudium et spes' im letzten Jahrzehnt», *Communio* 4 (1975) 439-454.

⁸ J. RATZINGER, *Informe sobre la fe*, 61

⁹ J. RATZINGER, *El nuevo pueblo de Dios. Esquemas para una eclesiología*, Barcelona 1972, 335-356.

al año del Concilio, en el congreso del Katholikentag, Ratzinger hablaba de su manifestación más visible: la renovación litúrgica, destacando que la desaparición del latín en las celebraciones litúrgicas supondría perder un vínculo de unidad¹⁰, y avisando de la pérdida del silencio sagrado y de una futurible deriva hacia un activismo humano, que ocuparía el lugar del encuentro con el Señor e iría en detrimento de la dignidad estética de la celebración¹¹. Ya entonces ponía también en guardia de que, si en vez de Cristo, el centro de la celebración es el sacerdote, «se perfila en la liturgia un cierto clericalismo»¹².

En 2003, con motivo de los cuarenta años de la *Sacrosanctum Concilium*, el cardenal Ratzinger, adalid del «desarrollo orgánico» de la liturgia, afirmaba que «la tarea de los concilios no es producir cosas antes desconocidas, sino filtrar de entre las corrientes de una época lo que es válido, lo que realmente ha crecido a partir de la fe de la Iglesia». En tal sentido, las categorías fundamentales de la reforma litúrgica son: inteligibilidad, participación, sencillez. Pero, «lamentablemente..., en la praxis posconciliar, el carácter instructivo se ha extendido desmesuradamente casi en todas partes, llegando incluso a imprimir un cuño escolar a la liturgia... Palabra y palabrería son dos cosas distintas... Esta frase debe entenderse sobre el trasfondo de una liturgia clericalizada, que permaneció en gran medida ajena al pueblo; y esto, no solo por la lengua latina... La liturgia misma no puede ser transformada en una clase de religión, y no puede resolverse con una banalización. Hace falta formación litúrgica o, más bien, en general, formación espiritual... En la liturgia –concluye bellamente– se hace presente el amor crucificado de Dios... En esta alegre certidumbre la celebramos, y así la celebramos correctamente»¹³.

Nos haríamos interminables si pretendiéramos hacer, siquiera sea un breve muestreo de la producción de Ratzinger, no como “liturgista”, pues nunca tuvo el prurito de adjudicarse tal calificativo (por otra parte, muy escurridizo), sino como teólogo de la liturgia. Pasemos, pues, a repasar, del modo necesariamente sucinto que nos permite esta ponencia, algunas cuestiones más salientes de su magisterio papal en materia litúrgica.

¹⁰ A pesar de lo señalado en *Sacrosanctum Concilium* 36, 54, 101

¹¹ J. RATZINGER, *El nuevo pueblo de Dios. Esquemas para una eclesiología*, Barcelona 1972, 335-356.

¹² Ibid. 344. A este clericalismo ha contribuido también el desprecio de la religiosidad popular, defendida por Ratzinger: “La religiosidad popular es el humus sin el cual la liturgia no puede desarrollarse. Desgraciadamente muchas veces fue despreciada e incluso pisoteada por parte de algunos sectores del Movimiento Litúrgico y con ocasión de la reforma postconciliar. Y, sin embargo, hay que amarla, es necesario purificarla y guiarla, acogiéndola siempre con gran respeto, ya que es la manera con la que la fe es acogida en el corazón del pueblo, aun cuando parezca extraña o sorprendente. Es la raigambre segura e interior de la fe. Allí donde se marchite, lo tienen fácil el racionalismo y el sectarismo” (J. RATZINGER, *El espíritu de la liturgia. Una introducción*, Ed. Cristiandad, Madrid 2001, 227).

¹³ J. RATZINGER, «40 Jahre Konstitution über die heilige Liturgie. Rückblick und Vorblick», in *Gesammelte Schriften* 11, 695-711.

II. BENEDICTO XVI: MAGISTERIO Y *ARS CELEBRANDI*

En su autobiografía, escrita antes de ser elegido Papa, hay una confesión de Ratzinger desde la que se comprende su honda preocupación por la renovación litúrgica y su vivencia de la liturgia como don recibido por la Iglesia del Espíritu Santo:

«Se ha desarrollado la impresión de que la liturgia se "hace", que no es algo que existe antes que nosotros, algo "dado", sino que depende de nuestras decisiones (...) Cuando la liturgia es algo que cada uno hace a partir de sí mismo, entonces no nos da ya la que es su verdadera cualidad: el encuentro con el misterio, que no es un producto nuestro, sino nuestro origen y la fuente de nuestra vida. Para la vida de la Iglesia es dramáticamente urgente una renovación de la conciencia litúrgica, una reconciliación litúrgica que vuelva a reconocer la unidad de la historia de la liturgia y comprenda el Concilio Vaticano II no como ruptura, sino como momento evolutivo. **Estoy convencido de que la crisis eclesial en la que nos encontramos hoy depende en gran parte del hundimiento de la liturgia, que a veces se concibe directamente *etsi Deus non daretur*: como si en ella ya no importase si hay Dios y si nos habla y nos escucha**»¹⁴.

En el Prefacio al primer volumen de sus escritos, 29 de junio de 2008, escribía Benedicto XVI que, al comenzar con el tema de la liturgia, el Concilio Vaticano II quiso inequívocamente resaltar el primado de Dios: Dios ante todo, como dice el inicio de la Constitución *Sacrosanctum Concilium*. Así pues, según el orden de las prioridades del Concilio, también el Santo Padre quiso que el primer volumen de su *Opera omnia* fuese el que contenía sus escritos sobre la liturgia. Porque, dice en el citado prólogo:

“La liturgia de la Iglesia ha sido para mí, desde mi infancia, la actividad central de mi vida, y también se ha vuelto, en la escuela teológica de maestros como Schmaus, Söhngen, Pascher y Guardini, el centro de mi trabajo teológico. Quería ante todo ir hasta el fondo de la pregunta “¿por qué creemos?” ... Desde este punto deben ser entendidos mis trabajos sobre la liturgia. No me interesaban los problemas específicos de la ciencia litúrgica, sino el anclarse de la liturgia en el acto fundamental de nuestra fe y por tanto también su lugar en nuestra entera existencia humana”¹⁵.

En el prólogo a la edición rusa de sus Obras Completas, firmado el 11 de julio de 2015 y publicado en italiano en *Il Corriere della sera* el 16 de abril de 2017, Benedicto XVI presenta el culto divino como liberación de cuanto esclaviza al hombre y oprime su dignidad.

“Nihil Operi Dei praeponatur. Nada se anteponga al culto divino. Con estas palabras san Benito, en su Regla (43,3), estableció la prioridad absoluta del culto divino respecto a cualquier otra tarea... Benito, con la prioridad asignada a la liturgia, pone de relieve de manera inequívoca la prioridad de Dios mismo en nuestras vidas... En la conciencia de los hombres de hoy hay urgencia para cualquier cosa posible; las cosas de Dios nunca parece que sean urgentes... Si Dios no es más importante, se trasmutan los criterios para establecer qué es lo

¹⁴ J. RATZINGER, *Mi vida. Recuerdos (1927-1977)*, Madrid 1997, 125

¹⁵ J. RATZINGER, *Opera omnia. Teologia della Liturgia*, Città del Vaticano 2010, 5-9*

importante. El hombre, al dejar de lado a Dios, se somete a sí mismo a las constricciones que lo hacen esclavo de fuerzas materiales y que, por tanto, se oponen a su dignidad. En los años que siguieron al Concilio Vaticano II he vuelto a ser consciente de la prioridad de Dios y de la Liturgia Divina. **La malinterpretación de la reforma litúrgica, que se ha extendido ampliamente en la Iglesia Católica**, llevó a poner siempre cada vez más en primer plano... la propia actividad y creatividad. El hacer de los hombres hizo casi olvidar la presencia de Dios. En esta situación se hace cada vez más claro que la existencia de la Iglesia vive de la correcta celebración de la liturgia y que la Iglesia está en peligro cuando el primado de Dios ya no aparece en la liturgia y, por tanto, en la vida. **La causa más profunda de la crisis que ha derruido a la Iglesia reside en el oscurecimiento de la prioridad de Dios en la liturgia.** Todo esto me llevó a dedicarme al tema de la liturgia más ampliamente que en el pasado, porque sabía que la verdadera renovación de la liturgia es una condición fundamental para la renovación de la Iglesia”.

Subrayando una y otra vez el ineluctable teocentrismo en la liturgia, Benedicto XVI ha repetido que no se trata de mostrar nuestra creatividad porque “la liturgia no es ningún show, no es un teatro, un espectáculo, sino que vive desde el Otro. No se trata de la producción de uno mismo. Se trata de salir de sí mismo e ir más allá de sí mismo, entregarse a Él y dejarse tocar por Él¹⁶.

Y avisaba con dolor, también reiteradamente a los Obispos en visita *ad limina*, de que la minusvaloración del culto del Santísimo Sacramento es indicio y causa del oscurecimiento del sentido cristiano del misterio. Si en la Santa Misa ya no aparece el protagonismo de Jesús, sólo se ve

“una comunidad atareada en muchas cosas en vez de estar recogida y de dejarse atraer a lo único necesario: su Señor... Si en la liturgia no destacase la figura de Cristo..., ya no tendríamos la liturgia cristiana... ¡Qué lejos están de todo esto quienes, en nombre de la inculturación, caen en el sincretismo introduciendo en la celebración de la santa misa ritos tomados de otras religiones o particularismos culturales! (cf. *Redemptionis Sacramentum*, 79). El misterio eucarístico... es un «don demasiado grande para soportar ambigüedades y reducciones», particularmente cuando, «privado de su valor sacrificial, se vive como si no tuviera otro significado y valor que el de un encuentro convivial fraterno» (*Ecclesia de Eucharistia*, 10). Pero el culto no puede nacer de nuestra fantasía; sería un grito en la oscuridad o una simple autoafirmación¹⁷.

Si la liturgia es producto de un bricolaje, es la comunidad quien se autocelebra: lo único importante es ella misma; no sale de sí misma para entrar al grandioso ámbito de la fe y la oración de la Iglesia¹⁸. Pero la liturgia nos adentra en algo más grande que todo lo nuestro¹⁹; no es algo elaborado por los liturgistas: a lo largo de dos milenios

¹⁶ BENEDICTO XVI, *Luce del mondo*, Editrice Vaticana, Città del Vaticano 2010, 215

¹⁷ BENEDICTO XVI, Discurso a los obispos de la región norte 2 de la Conferencia Episcopal de Brasil en visita «ad limina», 15 de abril de 2010

¹⁸ Cf. BENEDICTO XVI, *Luce del mondo*, 153

¹⁹ Cf. BENEDICTO XVI, Discurso en el encuentro con obispos de Suiza, Sala Bolonia, 7 de noviembre de 2006

sigue siendo un desarrollo permanente de la adoración. Es la Iglesia quien transforma nuestro “yo” en su “nosotros”, ensanchando nuestro corazón²⁰.

El teólogo Ratzinger había repetido con frecuencia que la importancia de la liturgia «no proviene de lo que nosotros hacemos, sino de... Algo que todos juntos somos incapaces de hacer»²¹. Recién nombrado arzobispo de Múnich y Frisinga, en una homilía dirigida a la conferencia episcopal alemana reunida en Fulda en 1982 y titulada «La vida litúrgica en las comunidades quince años después del Concilio», recordaba que éste había enfatizado la *participatio actuosa* de los fieles, mas ello no conlleva medir su éxito según su entretenimiento... Es demasiado poco designar la eucaristía como banquete de la comunidad...; es inseparablemente cena, sacrificio y fiesta de la resurrección²². Como Papa, volverá con frecuencia sobre el tema, recordando que lo esencial del fiel que participa en la celebración litúrgica “no es hacer, sino escuchar, abrirse, recibir... Recibir no significa estar pasivo o desinteresarse de lo que allí acontece, sino cooperar”²³ con la liturgia misma.

Me atrevería a afirmar que el desgraciadamente aún infravalorado pontificado de Benedicto XVI ha tenido como tema central la sagrada liturgia, según un principio reversible en sus términos: si la liturgia es fundamental para la vida de la Iglesia, su verdadera renovación es necesaria para renovar la Iglesia, pues «en el trato que demos a la liturgia se decide el destino de la fe y de la Iglesia»²⁴, ya que «detrás de las diversas maneras de concebir la liturgia hay... maneras diversas de entender la Iglesia y, por consiguiente, a Dios y las relaciones del hombre con Él. El tema de la liturgia no es en modo alguno marginal: ha sido el Concilio quien nos ha recordado que tocamos aquí el corazón de la fe cristiana»²⁵.

A pesar del rico y abundante magisterio litúrgico de San Juan Pablo II²⁶, al inicio del Pontificado de Benedicto XVI el panorama no es nada halagüeño. Como

²⁰ Cf. BENEDICTO XVI, Encuentro con sacerdotes de la diócesis de Albano, Castelgandolfo, 31 de agosto de 2006

²¹ J. RATZINGER, *Informe sobre la fe*, 139

²² Cf. J. RATZINGER, «Das gottesdienstliche Leben in den Gemeinden fünfzehn Jahre nach dem Konzil» en *Gesammelte Schriften* 11, 627-631.

²³ BENEDICTO XVI, a los obispos de la Región Norte 2 de la Conferencia Episcopal de Brasil en Visita ad limina, 15 de abril de 2010

²⁴ J. RATZINGER, *Opera omnia IX, Teologia della Liturgia*, contraportada; *Un canto nuevo para el Señor*, p. 9. De “palabras dramáticas” las calificó en su libro entrevista *Luz del mundo*, de 2010 el periodista alemán Peter Seewald, buen conocedor del pensamiento de Joseph Ratzinger, ya que en libros anteriores (*La sal de la Tierra* y *Dios y el mundo*) había puesto por escrito sendos diálogos con el entonces cardenal Ratzinger.

²⁵ J. RATZINGER, *Informe sobre la fe*, 132

²⁶ 14 de septiembre 1984: *Caeremoniale Episcoporum*; 2 de julio 1988, *Motu Proprio Ecclesia Dei*, autorizando, con diversas condiciones y cautelas el uso de los libros litúrgicos vigentes en 1962 (AAS 80 -1988- 1495-1498); 4 de diciembre 1988, Carta Apostólica, *Vicesimus quintus annus*, documento clave que señala luces y sombras de la “reforma” e insiste en la inculturación y la relación de la Liturgia con la piedad popular; 11 de octubre 1992, Constitución Apostólica, *Fidei depositum*, promulgando el *Catecismo de la Iglesia Católica* (8-04-1993), cuya segunda parte ofrece un magnífico compendio sobre la Liturgia; 25 de enero 1994, Instrucción *Varietates Legitimae* de la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos, carta magna sobre la “inculturación de la Liturgia” según las indicaciones de *Vicesimus quintus annus*; 28 de marzo 2001, Instrucción *Liturgiam authenticam* de la misma

diagnostica certeramente Mons. Ferrer, a mi entender uno de los más fiables estudiosos de la liturgia actualmente en España, hay “una disminución clamorosa del número de fieles practicantes, un cierto ‘cansancio’ en el clero, que afecta también a la vida litúrgica, un fuerte contexto secularizador, dentro y fuera de la Iglesia, la pervivencia de rechazos viscerales de la reforma y... una idea de Liturgia donde... la creatividad se presenta como exigencia de verdad o autenticidad, llevando la Liturgia a una diversidad sin freno, hasta poner en peligro la comunión eclesial en la fe, la oración y los sacramentos. Toda norma parece innecesaria o puramente orientativa y todo grupo o sacerdote se cree capacitado para “hacerse su Liturgia”... Estas diversas problemáticas se viven con proporción e intensidad diversa según los lugares..., pero representan... las situaciones que la Iglesia vive cuando Benedicto XVI comienza el ejercicio de su ministerio”²⁷.

No son muchos los documentos magisteriales sobre Liturgia emanados durante su Pontificado. Principalmente, se trata de dos Exhortaciones apostólicas postsinodales, que se refieren a la Liturgia de modo más bien concomitante o indirecto.

Antes de *Verbum Domini*, sobre la Palabra de Dios, de 2010, el 22 de febrero de 2007 había aparecido *Sacramentum caritatis*, tras el Sínodo sobre la Eucaristía, celebrado en la estela del “Año de la Eucaristía” y de los documentos que lo acompañaron. En esta Exhortación, Benedicto XVI presenta como elementos de la “participación” en la Eucaristía la adoración y el silencio, nacidos de una actitud “apofática”. Y llama a la reflexión sobre ciertas prácticas litúrgicas posconciliares, como la “concelebración”, que puede perder su razón de ser en una masa de concelebrantes que supera las dimensiones físicas de relación con el altar, o la “capilla de la adoración”, que para favorecer la piedad eucarística se separa del altar mayor, privando a éste de la presencia del Santísimo Sacramento y cooperando a la “desacralización” del templo.

Congregación, sobre la traducción de los libros litúrgicos, en relación con la “inculturación”; 3 de mayo de 1998, Carta apostólica *Dies Domini*, sobre la santificación del domingo; 6 de enero 2001, Carta apostólica *Novo millennio ineunte*, trazando un plan pastoral para la Iglesia del tercer milenio, subrayando la conexión entre Liturgia, Palabra de Dios, vida y misión; 17 de diciembre 2001, *Directorio sobre la Piedad Popular y la Liturgia*, de la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos; 17 de abril 2003, Encíclica *Ecclesia de Eucharistia*; 28 de junio 2003, Exhortación *Ecclesia in Europa*, con un capítulo sobre la verdadera “renovación litúrgica”: “Celebrar el Evangelio de la Esperanza”; 4 de diciembre 2003, Carta apostólica *Spiritus et Sponsa* a los 40 años de *Sacrosanctum Concilium*; 7 octubre 2004, Carta apostólica *Mane nobiscum Domine* que convoca el Año de la Eucaristía; 25 de marzo 2004, Instrucción *Redemptionis Sacramentum* de la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos, sobre la recta comprensión y práctica de la Liturgia. A tales documentos hay que añadir la segunda generación de libros litúrgicos, revisados a la luz del Sínodo de 1985 y de *Vicesimus quintus annus*. Mención especial merece la Colección de Misas de la Virgen María (15-08-1986), que recoge los principios de *Marialis cultus* del Beato Pablo VI (2-02-1974), respondiendo también al deseo de conciliar Liturgia y piedad popular, que recogerá *Vicesimus quintus annus*. (Cf. JUAN-MIGUEL FERRER, “El panorama litúrgico actual, el pontificado de Benedicto XVI”, conferencia pronunciada durante el 54º Cursillo diocesano de liturgia “Liturgia y Nueva Evangelización”, Astorga, 10 de octubre de 2011, en <http://www.collationes.org/de-documenta-theologica/theologia-liturgica/item/885-el-panorama-lit%C3%BArgico-actual-y-el-pontificado-de-benedicto-xvi-%E2%80%93-juan-miguel-ferrer>).

²⁷ Ibid.

Esta producción, ciertamente no muy abundante, queda compensada con creces con el principal magisterio litúrgico de Benedicto XVI: su ejemplo. Durante su Pontificado, sus celebraciones eran una verdadera escuela en la que el Papa ofrecía, proponiendo sin imponer, un “modelo” litúrgico. Y aun cuando es verdad que el mero ejemplo, bien que sea del Papa, no es ley, no resultaba razonable sostener que el dechado de ceremonias papales tan dignas y hermosas nada debía influir en el modo de celebrar obispos y sacerdotes. Quien conoce la historia de la Liturgia, sabe cómo la Papal, salvo en lo privativo del Romano Pontífice, es fuente principal del Ceremonial de los Obispos y éste, salvo lo específicamente episcopal, es modelo de la liturgia presbiteral solemne. Por otra parte, el Oficio de las Celebraciones Litúrgicas del Sumo Pontífice, bajo el pontificado de Benedicto XVI, no hizo sino destacar algunos elementos de los libros litúrgicos vigentes del Rito Romano: por ejemplo, cuidar los tiempos de silencio en la Misa; usar en las grandes solemnidades ornamentos valiosos y bellos, aun de estilos y épocas anteriores a la nuestra; administrar la comunión de rodillas y en la boca; colocar la cruz en el centro del altar, y a ambos lados los seis candelabros; utilizar con preferencia el Canon Romano; proclamar en latín algunos elementos del Propio y del ordinario de la Misa; privilegiar el canto gregoriano y la polifonía sacra. “El arte... y la oración coral – dirá el Papa en Notre Dame de París – ayudaron a Paul Claudel, que asistía a las Vísperas del día de Navidad de 1886, a encontrar el camino hacia una experiencia personal de Dios. Es significativo que Dios haya iluminado su alma precisamente durante el canto del Magnificat”²⁸.

Con su *ars celebrandi* Benedicto XVI no ha pretendido “invitar a una especie de teatro..., sino a una interioridad, que se hace sentir... para la gente que asiste. Sólo si ven que no es... un espectáculo –no somos actores–, sino la expresión del camino de nuestro corazón, entonces la liturgia resulta hermosa, se hace comunión de todos los presentes con el Señor”²⁹. Así, la belleza de una liturgia totalmente centrada en Dios hace presente en la tierra un pedazo de cielo, una imagen de la eternidad. Por eso hace siglos nuestros antepasados construyeron magníficas catedrales, cuya hermosura eleva los sentidos hacia “lo que ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni al corazón del hombre llegó, lo que Dios preparó para los que le aman” (1 Co 2, 9)³⁰. “En toda forma de esmero por la liturgia, el criterio determinante debe ser siempre la mirada puesta en Dios... Cuando, en

²⁸ BENEDICTO XVI, Homilía en la celebración de las Vísperas en la Catedral de Notre-Dame, París, 12 de septiembre de 2008

²⁹ BENEDICTO XVI, Encuentro con sacerdotes de la diócesis de Albano, Castelgandolfo, 31 de agosto de 2006

³⁰ “Es difícil no dar gracias a Aquel que ha creado tanto la materia como el espíritu, por la belleza del edificio que nos acoge. La fe de la Edad Media edificó catedrales, y vuestros antepasados vinieron aquí para alabar a Dios... En este santuario... los arquitectos, pintores, escultores y músicos aportaron lo mejor de sí mismos... esta casa no es más que el símbolo concreto de la Jerusalén de arriba, la que desciende hacia nosotros (cf. Ap 21,2) para ofrecernos la más bella de las moradas” (BENEDICTO XVI, Homilía en la celebración de las Vísperas en la Catedral de Notre-Dame, París, 12 de septiembre de 2008). “La ausencia total de imágenes no es compatible con la fe en la encarnación de Dios. Dios, en su actuación histórica, ha entrado en nuestro mundo sensible para que el mundo se haga transparente hacia Él. Las imágenes de lo bello en las que se hace visible el misterio del Dios invisible forman parte del culto cristiano. La imagen de Cristo y las imágenes de los santos no son fotografías. Su cometido es llevar más allá de lo constatable desde el punto de vista material, consiste en despertar los sentidos internos y enseñar una nueva forma de mirar que perciba lo invisible en lo visible. La sacralidad de la imagen consiste precisamente en que procede de una contemplación interior y, por esto mismo, lleva a una contemplación interior” (J. RATZINGER, *El espíritu de la liturgia*, 137 ss.).

las reflexiones sobre la liturgia, nos preguntamos cómo hacerla atrayente, interesante y hermosa, ya vamos por mal camino. O la liturgia es *opus Dei*, con Dios como sujeto específico, o no lo es... Celebrad la sagrada liturgia dirigiendo la mirada a Dios”³¹. “La belleza de los ritos nunca será lo suficientemente esmerada, lo suficientemente cuidada, elaborada, porque nada es demasiado bello para Dios, que es la Hermosura infinita. Nuestras liturgias de la tierra no podrán ser más que un pálido reflejo de la liturgia, que se celebra en la Jerusalén de arriba, meta de nuestra peregrinación en la tierra. Que nuestras celebraciones, sin embargo, se le parezcan lo más posible y la hagan presentir”³².

III. LA RECEPCIÓN DE *SACROSANCTUM CONCILIUM*

Al hacer de esta Pastoral de la belleza litúrgica una de sus prioridades más queridas, buscaba el Papa favorecer un clima y afirmar unos criterios que, aun no coincidentes con los de muchos liturgistas o pastoralistas, están en plena sintonía con los principios de la *Sacrosanctum Concilium*³³. Puesto que, como él mismo preguntaba a la Curia Romana meses después de su elección al Papado:

“¿Por qué la recepción del Concilio... se ha realizado hasta ahora de un modo tan difícil?... Se han confrontado dos hermenéuticas contrarias... Una ha causado confusión; la otra, de forma silenciosa pero cada vez más visible, ha dado y da frutos. Por una parte existe una... “hermenéutica de la discontinuidad y de la ruptura”; a menudo ha contado con la simpatía de los medios de comunicación y también de una parte de la teología moderna. Por otra parte, está la "hermenéutica de la reforma", de la renovación dentro de la continuidad del único sujeto-Iglesia..., que crece en el tiempo y se desarrolla, pero permaneciendo siempre el mismo... pueblo de Dios en camino. La hermenéutica de la discontinuidad corre el riesgo de acabar en una ruptura entre Iglesia preconciliar e Iglesia posconciliar... A ella se opone la hermenéutica de la reforma”³⁴.

Pocas semanas después, el Papa insistía a los sacerdotes en cuidar la liturgia y la gran Tradición de la fe y, recordando su discurso de Navidad a la Curia romana, les exhortaba a no vivir la hermenéutica de la discontinuidad sino la de la renovación, caminando hacia adelante con continuidad, también con respecto a la Liturgia³⁵.

Pero, ¿qué es exactamente lo que quiso el último Concilio para la Liturgia? Más que de señalar ambigüedades en los documentos conciliares, debemos reconocer la abundante doctrina tradicional que contiene, casi toda la cual se ha ignorado sistemáticamente o incluso contradicho en nombre del “espíritu del Vaticano II”.

³¹ BENEDICTO XVI, Discurso a los monjes cistercienses de la abadía de Heiligenkreuz, 9 de septiembre de 2007

³² BENEDICTO XVI, Homilía en la celebración de las Vísperas en la Catedral de Notre Dame, París, 12 de septiembre de 2008

³³ Cf. Ibid.

³⁴ BENEDICTO XVI, Discurso a la Curia Romana, 22 de diciembre de 2005

³⁵ Cf. BENEDICTO XVI, Encuentro con el clero de la diócesis de Roma, 2 de marzo de 2006.

Hagamos un somero repaso por *Sacrosanctum Concilium*. Esta Constitución Dogmática quiso que la Eucaristía sea percibida por todos como un “divino Sacrificio” (cf. SC 2, 7, 47, et passim) y la liturgia en general “un anticipo en la tierra de la liturgia celestial” (SC 8), “una acción sagrada por excelencia cuya eficacia no iguala ninguna otra acción de la Iglesia”, y cuyo fin es “la santificación de los hombres y la glorificación de Dios” (SC 10; cf 112). Así, los fieles, catequizados y bien dispuestos, “participen consciente, piadosa y activamente en la acción sagrada” (SC 11, 14, 16-19, 48). En la liturgia “no se introduzcan innovaciones si no lo exige una utilidad verdadera de la Iglesia, y sólo después de haber tenido la precaución de que las nuevas formas se desarrollen... orgánicamente a partir de las ya existentes” (SC 23). Sólo los ministros ordenados realizarán sus ministerios propios (SC 28; cf 118). “Nadie, aunque sea sacerdote, añada, quite o cambie cosa alguna por iniciativa propia en la Liturgia” (SC 22,3). “Se conservará el uso de la lengua latina” (SC 36,1); la lengua vernácula se utilizará, pero sólo para ciertas partes de la liturgia (SC 36,2), y el clero deberá recordar que “los fieles sean capaces de recitar o cantar juntos en latín las partes del ordinario de la Misa que les corresponde” (SC 54)³⁶. La música sacra “enriquecerá la solemnidad de los ritos” (SC 112-115) y los cantos, nunca doctrinalmente objetables, se tomarán de la Sagrada Escritura o de los textos de la Misa (cf. SC 112, 113, 121). Tendrá el primer lugar el canto gregoriano, “propio de la liturgia romana”, sin excluir la polifonía (SC 116). El órgano aportará esplendor a las ceremonias, levantando las almas a las realidades celestiales. Sólo se usarán otros instrumentos si “convienen a la dignidad del templo y contribuyen a la edificación de los fieles” (120). Las Vísperas del domingo sería una cita semanal muy querida en las parroquias (SC 100). Las imágenes y reliquias de los santos serían honradas públicamente (SC 111). Abundarían las procesiones eucarísticas, la Exposición y Bendición con el Santísimo Sacramento, los Víacrucis, el Rosario, el Escapulario (cf. SC 12-13). La arquitectura y el mobiliario de la iglesia serían “verdaderamente dignos, decorosos y bellos, signos y símbolos de las realidades celestiales, para orientar santamente los hombres hacia Dios” (SC 122), excluyendo de los templos “aquellas obras artísticas que repugnen a la fe, a las costumbres y a la piedad cristiana y ofendan el sentido auténticamente religioso, ya sea por la depravación de las formas, ya sea por la insuficiencia, la mediocridad o la falsedad del arte” (124).

Ahora, cabe preguntarse: ¿es esto lo que experimentamos, semana tras semana? ¿No asistimos más bien, con pasmosa indiferencia, a un fracaso manifiesto en la aplicación de gran parte de la *Sacrosanctum Concilium*? ¿Los católicos de hoy son conscientes de que la Misa es la re-presentación del Sacrificio del Calvario, de que la Eucaristía es el verdadero Cuerpo y la Sangre de Jesucristo? ¿Sólo los presbíteros y diáconos administran la sagrada comunión?³⁷ ¿Ningún sacerdote añade ni cambia nada

³⁶ La fascinación ejercida por el catolicismo sobre conversos como Claudel, Newman, Benson, Chesterton..., se debió también al universalismo de la liturgia latina que aún hoy, en buena medida gracias a Benedicto XVI y a su Motu Proprio, persuade a muchos anglicanos a volver a Roma.

³⁷ “Hay servicios litúrgicos que los laicos pueden desempeñar hoy en la Iglesia: el de ministro extraordinario de la sagrada Comunión, el de lector y el de guía de la liturgia de la Palabra... Es importante que estas tareas no se realicen reivindicándolas casi como un derecho, sino con espíritu de servicio. La liturgia nos llama a todos al servicio de Dios, por Dios y por los hombres, en el que no busquemos exhibirnos sino presentarnos con humildad ante Dios y dejarnos iluminar por su luz” (BENEDICTO XVI, Discurso a los obispos de la Conferencia Episcopal de Alemania en visita *ad limina*, 18 de noviembre de 2006).

en la Liturgia? ¿Se pronuncia en latín, siquiera un día al año, el canon de la Misa?³⁸ ¿Se canta gregoriano?³⁹ ¿Tienen que ver con la música sacra instrumentos como piano, guitarra y batería, que se asocian a géneros como el jazz, el folk y el rock?⁴⁰ En el campo litúrgico, como en tantos otros, los documentos del Concilio fueron sustituidos por un invasivo “espíritu del Concilio”. ¿Por qué todo se desvaneció...?⁴¹ Llegados a este punto, hay que reconocer paladinamente que, con frecuencia, y salvando casos muy dignos, las indicaciones del Concilio Vaticano II se aplican mejor al celebrar el rito romano tradicional o al permitir, como sugería Benedicto XVI, que el *Novus Ordo* se deje influir por el *Vetus*, que refleja la gran visión teológica de la *Sacrosanctum Concilium*. Y así, los que aman el *Usus Antiquior* y, sin despreciar el *Recentior*, desean una “reforma de la reforma”, son mucho más fieles al último Concilio que muchos “vaticanosegundistas” que aplican el supuesto “espíritu” del Concilio deformando su letra.

Según Nicola Bux, teólogo que fue consultor de la Congregación para la Doctrina de la Fe y de la Oficina de las Celebraciones del Sumo Pontífice, el debilitamiento de la fe y la disminución de fieles podrían atribuirse a los abusos litúrgicos y a las Misas en cuyo centro no está Dios, sino el hombre. En su libro de 2011, *Come andare a Messa e non perdere la fede*, tras constatar que yendo a Misa en diez parroquias creía asistir a diez liturgias diversas, Bux denunciaba el giro antropológico de la liturgia y desenmascaraba a los que acusaban farisaicamente a Benedicto XVI de haber traicionado el espíritu conciliar, siendo más bien ellos los traidores del Vaticano II, llevando a veces la liturgia a “deformaciones al límite de lo soportable”⁴². Según Bux, tantas veces Dios es el gran ausente en homilías que no son sino refritos indigeribles de economía, política y sociología, o soflamas baratas de un buenismo sincretista⁴³. Los mismos signos sacramentales devienen en símbolos, y quien procura evidenciar su sacralidad intrínseca, es tachado de anticonciliar. De fondo estaría, aunque se ignore, la teología inmanentista de Karl Rahner, quien tras el Concilio recusaba una reflexión

³⁸ Pablo VI estableció que los misales nacionales (cuyas traducciones son a menudo verdaderas interpretaciones, si no traiciones) fuesen bilingües, para poder celebrar en latín. En la última edición del Misal español, el Ordinario de la Misa se ha publicado en una separata, con lo cual se dificulta aun más la elección del latín.

³⁹ Que la gente no lo sabe es un problema falso: la gente canta lo que ha sido custodiado y perpetuado, como la *Salve Regina* o el *Tantum ergo*.

⁴⁰ “En un estallido de entusiasmo por el jazz, se escuchan músicas que no contribuyen al clímax celebrativo” (J. RATZINGER, *El nuevo pueblo de Dios. Esquemas para una eclesiología*, Barcelona 1972, 343; Cf. J. RATZINGER, «In der Spannung zwischen Regensburger Tradition und nachkonziliarer Reform», *Musica sacra* 114, 5 (1994) 379-389).

⁴¹ Pablo VI constituyó el *Consilium ad exsequendam Constitutionem de Sacra Liturgia*, para «ejecutar» la Constitución *Sacrosanctum Concilium*, al frente del cual puso a Annibale Bugnini, que declaró abiertamente su intención de remover de la liturgia católica todo lo que pudier ser piedra de tropiezo para los protestantes. ¿Fue inocuo tal propósito para la situación actual de la liturgia, a veces mucho menos digna en los templos católicos que en los luteranos? Según el cardenal Antonelli, el *factotum* de ese *Consilium* era Bugnini, y los seis expertos protestantes tuvieron una función superior a la de simples observadores. Conocer algún día los diarios secretos de Bugnini serviría para comprender mejor qué fue realmente la reforma litúrgica posconciliar (Cf. NICOLA GIAMPIETRO, *El cardenal Ferdinando Antonelli y la reforma litúrgica*, Cristiandad, Madrid, 2005)

⁴² BENEDICTO XVI, Carta acompañando el *Motu proprio Summorum Pontificum*.

⁴³ BENEDICTO XVI, Discurso en el encuentro con obispos de Suiza, Sala Bolonia, 7 de noviembre de 2006

teológica, según él, olvidadiza de la realidad del hombre. Uno de los muchos errores generados por tal pensamiento modernista es el modo de entender el sacramento, ya no como procedente de lo Alto, de Dios, sino como participación en algo que el cristiano ya posee. Pero la liturgia es sagrada en sí misma: parte del *ius divinum*, el derecho de Dios a ser adorado, sin el cual el culto se vuelve idolátrico. Si se Le hace descender al terreno de lo palpable y comprensible, se está rebajando y manipulando a Dios, con un culto a la propia medida. La comunidad se festeja a sí misma, repitiendo un baile macabro en torno al becerro de oro: un jugueteo vacío. O peor, un abandono de Dios, camuflado bajo un manto de sacralidad. La adoración de Dios se convierte en un girar sobre uno mismo: comida, bebida, diversión⁴⁴. Además, este trastorno del culto arrastra consigo al arte sacro: es difícil no lamentar la fealdad, a veces agresiva, de tantas iglesias modernas, y la decadencia de la música y los ornamentos.

IV. EL MOTU PROPRIO *SUMMORUM PONTIFICUM*

Al referirnos al magisterio litúrgico de Benedicto XVI hemos obviado, *ex professo*, el Motu Proprio *Summorum Pontificum*, del 7 de julio de 2007. Y ello, por dos motivos. Primero, porque siendo un acto magisterial, es también, y más propiamente, una medida jurídica de gobierno. Y segundo, para extendernos más en él, puesto que es lo que nos convoca hoy aquí, al conmemorar el X aniversario de un documento que constituye una relevante expresión del magisterio del Romano Pontífice y de su *munus* propio como Vicario de Cristo y Pastor de la Iglesia universal: regular la Sagrada Liturgia de la Iglesia⁴⁵.

Con esa decisión, el Papa liberalizó el *Usus antiquior* del rito latino. No se trató de una concesión al tradicionalismo, ni fue sólo, ni principalmente, una mano tendida a la Fraternidad San Pío X. Para ampliar y facilitar casi ilimitadamente las posibilidades ofrecidas por el anterior Motu Proprio de San Juan Pablo II, *Ecclesia Dei*, Benedicto XVI explicaba sus razones en una carta dirigida al episcopado universal. En 2011, la Instrucción *Universae Ecclesiae*, de la Congregación para la Doctrina de la Fe sobre la aplicación del *Motu Proprio* completaba su razón de ser. Sin pretender invalidar la reforma litúrgica en su conjunto, con este acto el Papa consideraba positiva la convivencia de las dos formas históricamente sucesivas de celebrar la Liturgia Romana, que deben conocerse, respetarse y amarse, en actitud de “hermenéutica de continuidad”, buscando un enriquecimiento recíproco. ¿Cómo? El Papa lo explica en la Carta con que acompaña el Motu Proprio: “En el Misal antiguo se podrán y deberán insertar nuevos santos y algunos de los nuevos prefacios. En la celebración según el Misal de Pablo VI se podrá manifestar, en un modo más intenso de cuanto se ha hecho a menudo hasta ahora, aquella sacralidad que atrae a muchos hacia el uso antiguo. La garantía más segura para que el Misal de Pablo VI pueda unir a las comunidades parroquiales y sea amado por ellas consiste en celebrar con gran reverencia de acuerdo con las prescripciones; esto hace visible la riqueza espiritual y la profundidad teológica de este Misal”. Ambas formas las recibimos de la Iglesia; sin rechazos, contrarios a la voluntad del *Motu Proprio*, cada cual puede escoger el modo que más le ayuda a celebrar y nutrir su fe.

⁴⁴ J. RATZINGER, *El espíritu de la liturgia*, 43

⁴⁵ Instrucción *Universae Ecclesiae*, 8

En el documento, el Papa comienza refiriéndose a que “los Sumos Pontífices (de ahí el título) se han preocupado constantemente de que la Iglesia ofreciese a la Divina Majestad un culto digno «para alabanza y gloria de su Nombre» y «para el bien de toda su Santa Iglesia». Entre estos Pontífices sobresale San Gregorio Magno, que, para transmitir a los nuevos pueblos europeos la fe católica y la cultura romana, ordenó que fuera definida y conservada la forma de la Sagrada Liturgia relativa a la Misa y al Oficio Divino, como se celebraba en la Urbe. Así, la Liturgia romana enriqueció la fe y la cultura de Europa. Corriendo los siglos, mostraron particular solicitud por la Liturgia otros Papas como San Pío V, que tras el Concilio de Trento renovó el culto de la Iglesia Latina actualizando el Misal Romano, Clemente VIII, Urbano VIII, San Pío X, Benedicto XV, Pío XII y San Juan XXIII.

Tras el Concilio Vaticano II el Beato Pablo VI aprobó en 1970 para la Iglesia latina los libros litúrgicos reformados. Sin embargo, no pocos fieles siguieron adhiriéndose con amor a las anteriores formas litúrgicas, que habían impregnado su cultura y su espíritu tan profundamente, que San Juan Pablo II, con el indulto *Quattuor abhinc annos*, de 1984, emitido por la Congregación para el Culto Divino, concedió la facultad de usar el Misal Romano editado por San Juan XXIII en 1962. En 1988, con el Motu Proprio *Ecclesia Dei*, Juan Pablo II exhortó a los obispos a utilizar amplia y generosamente esta facultad en favor de cuantos fieles lo solicitasen.

Como estas peticiones eran insistentes, en el año 2007, tras haber escuchado a los Cardenales y haber reflexionado y orado, con el Motu Proprio *Summorum Pontificum*, Benedicto XVI estableció que, si el Misal de Pablo VI es la expresión ordinaria de la «lex orandi» de la Iglesia católica de rito latino, el Misal de San Pío V y San Juan XXIII, **que nunca se ha abrogado**, debe considerarse como expresión extraordinaria de la misma «lex orandi» y gozar de respeto y veneración. Ambas expresiones de la «lex orandi» de la Iglesia son dos usos del único rito romano, y es lícito celebrar la Misa según el Misal Romano de San Juan XXIII, como forma extraordinaria de la Liturgia de la Iglesia, con las siguientes condiciones:

- En todas las Misas celebradas sin el pueblo, todo sacerdote católico de rito latino, tanto secular como religioso (idóneo y sin impedimento jurídico), puede usar el Misal de San Juan XXIII, sin permiso de la Sede Apostólica ni de su Ordinario.

- También pueden hacerlo las comunidades de los Institutos de vida consagrada y de las Sociedades de vida apostólica, tanto de derecho pontificio como diocesano, en sus oratorios propios.

- En las parroquias donde haya un grupo estable de fieles, el párroco acogerá de buen grado su petición de celebrar la Santa Misa tradicional, tanto en días feriales como en domingos y festividades. El párroco permitirá también a los fieles y sacerdotes que lo soliciten la celebración en esta forma extraordinaria en la administración de los sacramentos del Bautismo, del Matrimonio, de la Penitencia y de la Unción de enfermos, y en peregrinaciones. En las iglesias no parroquiales ni conventuales, debe el Rector conceder la licencia. Si el párroco no atiende la petición de los fieles, el obispo debe hacerlo, y si no puede, lo indicará a la Comisión *Ecclesia Dei* para que le ayude.

- El Obispo puede celebrar el sacramento de la Confirmación usando el precedente Pontifical Romano.

- El Obispo puede erigir una parroquia personal para la Liturgia tradicional, o nombrar un capellán.

- Los clérigos pueden rezar el Breviario Romano promulgado por San Juan XXIII.

- La Pontificia Comisión *Ecclesia Dei* vigilará sobre la aplicación de estas disposiciones, que deberán observarse desde el 14 de septiembre de 2007.

Hasta aquí las disposiciones jurídicas, como se ve, breves y tajantes. Pero nos interesa más detenernos en algunas declaraciones de principios de la importante Carta a los Obispos con que (algo desusado en un Papa), Benedicto XVI quiso acompañar el Motu Proprio, comenzando por explicar que el documento es fruto de largas reflexiones, múltiples consultas y de oración, y diciendo enseguida: “Noticias y juicios hechos sin información suficiente han creado no poca confusión. Se han dado reacciones muy divergentes, que van desde una aceptación con alegría a una oposición dura, a un proyecto cuyo contenido en realidad no se conocía”.

¿Cuáles eran los temores? En primer lugar, que el Motu Proprio viniera a menoscabar la autoridad del Concilio Vaticano II, poniendo en duda la reforma litúrgica. Pero a esta prevención infundada, Benedicto XVI responde que el Misal de Pablo VI sigue siendo la Forma ordinaria de la Misa, mientras que el Misal de Juan XXIII, **usado durante el Concilio y nunca jurídicamente abrogado** (ya lo había dicho en el Motu Proprio, pero lo reafirma), será la Forma extraordinaria. No son dos, sino un doble uso de un único Rito.

Benedicto XVI decide liberalizar el uso del Misal de 1962 porque no pocos permanecían fuertemente ligados a este uso del Rito romano que, desde la infancia, se les había hecho familiar. Sobre todo, en los Países donde el movimiento litúrgico había dado una notable formación litúrgica y una profunda e íntima familiaridad con la Misa Tradicional a muchas personas que, aceptando el Concilio Vaticano II y fieles al Papa y a los Obispos, deseaban no obstante continuar con la Misa de siempre. A ello cooperó el hecho de que en muchos lugares el nuevo Misal llegó a entenderse como una autorización e incluso como una obligación a la creatividad, lo cual llevó a menudo a “deformaciones de la Liturgia al límite de lo soportable”. En este punto, el Papa añade con aflicción: “Hablo por experiencia porque he vivido también yo aquel periodo con todas sus expectativas y confusiones. Y he visto hasta qué punto han sido profundamente heridas por las deformaciones arbitrarias de la Liturgia personas que estaban totalmente radicadas en la fe de la Iglesia”.

Con el Motu Proprio *Ecclesia Dei* de 1988, San Juan Pablo II apeló a la generosidad de los Obispos respecto a las “justas aspiraciones” de los fieles que pedían el *Usus Antiquior*, buscando sobre todo ayudar a la Fraternidad San Pío X a reencontrar la plena unidad con el Sucesor de Pedro y curar una herida cada vez más dolorosa. Pero los Obispos temían que la autoridad del Concilio fuera puesta en duda. Además, se suponía que la petición del Misal de 1962 se limitaría a la generación que había crecido con él, “pero desde entonces se ha visto claramente que también personas jóvenes descubren esta forma litúrgica, se sienten atraídos por ella y encuentran en la misma una forma, particularmente adecuada para ellos, de encuentro con el Misterio de la Santísima Eucaristía”.

El segundo temor ante el Motu Proprio (también infundado como se ve al cabo de diez años), era que una más amplia posibilidad de uso del Misal de 1962 podría llevar a desórdenes e incluso a divisiones en las comunidades parroquiales. “El uso del Misal antiguo presupone un cierto nivel de formación litúrgica y un acceso a la lengua latina; tanto uno como otro no se encuentran tan a menudo”. Por eso, preveía sabiamente el

Papa, el nuevo Misal permanecería como la Forma ordinaria del Rito Romano, tanto por la normativa jurídica como por la situación real de los fieles.

Benedicto XVI no pretendió disminuir de ningún modo la autoridad de los Obispos, moderadores de la liturgia en sus diócesis (de hecho les pidió informar a la Santa Sede, tres años después de la entrada en vigor del Motu Proprio). Tampoco aspiraba a satisfacer a grupúsculos nostálgicos. Lo que el Papa buscó lo recogió, cuatro años más tarde, la Instrucción *Universae Ecclesiae*:

- a) ofrecer a todos los fieles la Liturgia romana en el *usus antiquior*, como un tesoro precioso que hay que conservar;
- b) garantizar y asegurar realmente el uso de la Forma extraordinaria a quienes lo pidan, considerando que el uso la Liturgia romana que entró en vigor en 1962 es una facultad concedida para el bien de los fieles y, por lo tanto, debe interpretarse en sentido favorable a los fieles, que son sus principales destinatarios;
- c) favorecer la reconciliación en el seno de la Iglesia.

Vale la pena leer literalmente el final de la Carta, escrita con toda la ternura de un Padre, preocupado por la unidad de sus hijos:

“Mirando a las divisiones que a lo largo de los siglos han desgarrado el Cuerpo de Cristo, se tiene la impresión de que en momentos críticos en los que la división estaba naciendo, no se ha hecho lo suficiente por parte de los responsables de la Iglesia para conservar o conquistar la reconciliación y la unidad; se tiene la impresión de que las omisiones de la Iglesia han tenido su parte de culpa en el hecho de que estas divisiones hayan podido consolidarse. Esta mirada al pasado nos impone hoy una obligación: hacer todos los esfuerzos para que a todos aquellos que tienen verdaderamente el deseo de la unidad se les haga posible permanecer en esta unidad o reencontrarla de nuevo. Me viene a la mente una frase de la segunda carta a los Corintios donde Pablo escribe: “Corintios, os hemos hablado con toda franqueza; nuestro corazón se ha abierto de par en par. No está cerrado nuestro corazón para vosotros; los vuestros sí que lo están para nosotros. Corresponde a nosotros; ... abrid también vosotros” (2 Cor 6,11-13). Pablo lo dice ciertamente en otro contexto, pero su invitación puede y debe tocarnos a nosotros, justamente en este tema. Abramos generosamente nuestro corazón y dejemos entrar todo a lo que la fe misma ofrece espacio. No hay ninguna contradicción entre una y otra edición del Missale Romanum. En la historia de la Liturgia hay crecimiento y progreso pero ninguna ruptura. Lo que para las generaciones anteriores era sagrado, también para nosotros permanece sagrado y grande y no puede ser improvisamente totalmente prohibido o incluso perjudicial. Nos hace bien a todos conservar las riquezas que han crecido en la fe y en la oración de la Iglesia y de darles el justo puesto. Obviamente para vivir la plena comunión tampoco los sacerdotes de las Comunidades que siguen el uso antiguo pueden, en principio, excluir la celebración según los libros nuevos. En efecto, no sería coherente con el reconocimiento del valor y de la santidad del nuevo rito la exclusión total del mismo”.

V. ¿POR QUÉ LO CELEBRAMOS?

Tras esta breve exposición de la naturaleza y los fines de *Summorum Pontificum*, podemos preguntarnos: ¿por qué estamos aquí para celebrarlo, a los diez años de su promulgación? Todos los presentes tenemos un denominador común: nos atrae la Liturgia Tradicional, nos ayuda a vivir mejor nuestra fe católica, a sentirnos más hijos de la Iglesia, más romanos. No añoramos tiempos pasados por una simple nostalgia, sensiblera o amargada, de lo antiguo. No nos adherimos necesariamente a determinadas opciones políticas, sino que comulgamos con la doctrina social de la Iglesia. Pertenecemos a diversas clases sociales, procedemos de lugares muy distantes, desarrollamos profesiones muy variadas. No somos gente rara: aquí hay muchos jóvenes, familias numerosas, abiertas a la vida; se ven muchas sonrisas, mucha alegría. No somos oscurantistas. No somos mejores que nadie pero, por lo que yo conozco... ¡tampoco peores! En definitiva (y hay que seguir repitiéndolo con garbo a Obispos y sacerdotes), no somos “un problema”. Son otros muchos, y de muy preocupante calado, los problemas que hoy tiene la Iglesia.

Tampoco eran gente rara, problemática o irrelevante los firmantes de la carta enviada en 1971 por el Primado de Inglaterra, Mons. Heenan, que también la avalaba, a Pablo VI, quien se sorprendió al ver entre aquellos nombres, más de ochenta representantes de la cultura del siglo XX, el de la archiconocida novelista Agatha Christie. Este era el texto:

“Si algún decreto insensato llegase a ordenar la destrucción total o parcial de las basílicas o las catedrales, obviamente serían las personas beneficiadas por la cultura -cualesquiera fuesen sus creencias personales-, quienes se alzarían horrorizadas en oposición a una posibilidad tal. Ahora bien, las basílicas y catedrales fueron construidas para celebrar... la Misa Romana Tradicional. Aun así..., existe un plan para hacer desaparecer dicha Misa... Hoy, como en los tiempos pasados, la gente culta..., cuando es amenazada la tradición, es la primera en dar la voz de alarma. No estamos considerando en este momento la experiencia religiosa o espiritual de millones de individuos. El Rito en cuestión, en su magnífico texto latino, ha inspirado una pléyade de logros artísticos invalorable, no sólo obras místicas sino de poetas, filósofos, músicos, arquitectos, pintores y escultores de todos países y épocas. Y así, el Rito pertenece a la cultura universal, tanto como a los hombres de Iglesia y a los cristianos... Los firmantes de este pedido, completamente ecuménico y apolítico, de cada una de las ramas de la cultura europea y de otras partes, quieren llamar la atención de la Santa Sede sobre la apabullante responsabilidad en la que incurriría en la historia del espíritu humano si se negara a permitir la subsistencia de la Misa Tradicional”.

Entre los 84 firmantes figuraban también los literatos Robert Graves, Graham Greene, Jorge Luis Borges, Cecil Day Lewis, Julien Green, François Mauriac, Eugenio Montale, Salvador de Madariaga; los filósofos Augusto Del Noce, Jacques Maritain, Maria Zambrano, Gabriel Marcel; nuestro incomparable guitarrista Andrés Segovia...⁴⁶

⁴⁶ Uno de los firmantes, el escritor francés JEAN MADIRAN, analista de la autodemolición de la Iglesia (así se expresó el Beato Paulo VI) en sus obras *L'Hérésie du XX siècle* (Nouvelles Editions Latines, 1968) y *La révolution copernicienne dans l'Eglise* (Editions

Como se ve, a quienes critican la Tradición con autosuficiente pedantería, tolerando en Liturgia todo, salvo la Misa tradicional, su ignorancia les impide ver que este mundo tienes raíces intelectuales profundas.

Y sin embargo, en estos diez años hemos podido repetir más de una vez con San Pablo, desde una soledad llena de Dios, que este tesoro de la Liturgia Tradicional “lo llevamos en vasijas de barro, para que se vea que una fuerza tan extraordinaria es de Dios y no proviene de nosotros. Nos aprietan por todos lados, pero no nos aplastan; estamos apurados, pero no desesperados; acosados, pero no abandonados; nos derriban, pero no nos rematan... , pues creemos y por eso hablamos” (2 Cor 4, 7-9. 13).

Es eso, la fe, lo que nos estimula a luchar como el despreciable ejército de Gedeón. Porque la Misa de siempre no sólo complace nuestra sensibilidad, sino que, sobre todo, robustece nuestra fe, en este tiempo de apostasía que, si San Juan Pablo II hace pocas décadas llamó silenciosa⁴⁷, hoy es atronadora.

La Misa de siempre vigoriza y reanima nuestra fe porque se celebra de cara a Dios (¡no de “espaldas al pueblo”!), porque en ella predomina el misterio, la adoración, la

de Paris, 2004), trazó la historia de su defensa de la Misa tradicional *Histoire de la Messe interdite* [Historia de la Misa prohibida] (2 voll., Via Romana, 2007 y 2009). En 1973 apareció en la revista “Itinéraires” una carta de Madiran a Pablo VI, del 21 de octubre de 1972, que iniciaba con estas palabras: “Beatísimo Padre, devuélvanos la Escritura, el catecismo y la Misa, que, cada día más, nos sustrae una burocracia colegial, despótica e impía que, con razón o injustamente, pero sin ser nunca desmentida, pretende imponerse en nombre del Vaticano II y de Pablo VI. Devuélvanos la Misa católica tradicional, latina y gregoriana, según el Misal Romano de san Pío V. Usted permite que se diga que la habría prohibido. Pero ningún pontífice podría, sin abusar del poder, vedar un rito milenario de la Iglesia católica, canonizado por el Concilio de Trento. Si efectivamente se produjera tal abuso de poder, la obediencia a Dios y a la Iglesia sería resistir y no sufrirlo en silencio”. La carta fue sucesivamente firmada y comentada por personalidades como Alexis Curvers, Marcel De Corte, Henri Rambaud, Louis Salleron, Eric de Saventhem, Jacques Trémolet de Villers, en un volumen intitulado *Réclamation au Saint-Père* (Nouvelles Editions Latines, 1974). La protesta de Madiran y de los teólogos de “Itinéraires” acabó con el llamamiento a Pablo VI, el 6 de julio de 1971 (cf. GIANFRANCO AMATO, *L’indulto di Agata Christie, Come si è salvata la Messa tridentina in Inghilterra*, Fede e Cultura, 2013). Los fieles de todos los países que pedían el restablecimiento de la Misa tradicional, o al menos la “par condicio” para ella, empezaron a multiplicarse sobre todo gracias a la iniciativa de la asociación “Una Voce”. Se hicieron tres peregrinaciones internacionales de los católicos hasta Roma para reconfirmar la fidelidad a la Misa y al catecismo de san Pío V. Cuando, 40 años más tarde, Ratzinger, que había siempre puesto la liturgia en el centro de sus intereses (véase: *La questione liturgica. Atti delle “Giornate liturgiche di Fontgombault”*, 22-24 de julio de 2001, Nova Millennium, 2010), una vez elegido Papa promulgó el Motu Proprio *Summorum Pontificum*, escribía Madiran el 6 de septiembre de 2007: “*El domingo pasado he vuelto, y no era el único, a la iglesia que se encuentra a unos pasos de mi casa, en vez de hacer veinte kilómetros de ida y veinte de vuelta. Ciertamente, lo importante no es que hayamos vuelto nosotros, sino que haya vuelto la Misa. ¡Qué gracia!*” (*Chroniques sous Benoît XVI*, Via Romana, 2010, p. 197). (Cf. ROBERTO DE MATTEI, *Jean Madiran y la “Historia de la Misa prohibida”*, 17 de agosto de 2013, en <http://www.robortodemattei.it/2013/08/17/jean-madiran/>)

47 “La cultura europea da la impresión de ser una apostasía silenciosa por parte del hombre autosuficiente que vive como si Dios no existiera” (JUAN PABLO II, *Ecclesia in Europa*, 9).

cruz, el silencio, el latín, el gregoriano, ¡la belleza! Porque en ella no se nos trata como niños a los que hay que entretener para que no se vayan.

a. Ad orientem: ad Crucem

En la Misa Tradicional miramos al futuro de la Iglesia, en cuyo centro está la cruz de Cristo, como está en el centro del altar el Sumo Sacerdote al que la Iglesia contempla y adora hoy, como ayer y siempre. La mirada a Dios es determinante: todo se orienta a Él; por eso el sacerdote mira la cruz, o el tabernáculo, dirigido *ad Dominum: ad Orientem*. ¡Hemos asistido a la insensata demolición de tantos altares antiguos y bellos! Ratzinger lamentaba que “el sacerdote dirigido al pueblo da a la comunidad el aspecto de un todo cerrado en sí mismo”⁴⁸. Cuando fue Papa, interponía entre él y los fieles una cruz bien visible, aun conociendo la objeción de la idea de Misa-banquete que desde las «comunidades de base de los años setenta» se resiste a morir. Pero el misterio de la comunión eclesial viene de lo alto, no se resuelve mirando a la asamblea. Cuando en la plegaria eucarística, momento culminante de la Misa, el sacerdote gira la mirada al pueblo en lugar de mirar a la Cruz frente a ellos, no resulta evidente que esté hablando con el Señor en nombre del pueblo. Y la consecuencia es que los fieles también se distraen mirando al sacerdote, en perjuicio de una verdadera *actuosa participatio*.

Todos los pequeños y medianos trabajos de Ratzinger sobre cuestiones litúrgicas se reunieron en el Año Jubilar 2000 bajo el título *El espíritu de la liturgia. Una introducción*, del que casi todas las reseñas se centraron en un capítulo de 10 páginas sobre 250: “El altar y la orientación de la oración en la liturgia”⁴⁹, reduciendo sesgadamente su riquísimo contenido a la pretensión de reintroducir la misa “de espaldas”. Pero lo que dice Ratzinger era, en sustancia:

“La idea de que sacerdote y pueblo en la oración deberían mirarse recíprocamente nació sólo en la cristiandad moderna y es completamente extraña en la antigua. Sacerdote y pueblo ciertamente no rezan el uno hacia el otro, sino hacia el único Señor. Por tanto durante la oración miran en la misma dirección: o hacia Oriente como símbolo cósmico para el Señor que viene, o, donde esto no fuese posible, hacia una imagen de Cristo en el ábside, hacia una cruz o simplemente hacia el cielo”⁵⁰.

⁴⁸ J. RATZINGER, *El espíritu de la liturgia*, 102

⁴⁹ Antes había escrito sobre el tema Mons. KLAUS GAMBER, fundador del Instituto Litúrgico de Ratisbona, y poco después la cuestión de la orientación de la oración en la Iglesia del primer milenio fue aclarada con rigor científico en otros excelentes trabajos: UWE MICHAEL LANG, *Volverse hacia el Señor. Orientación en la plegaria litúrgica*, Ed. Cristiandad, Madrid, 2007; STEFAN HEID, “Actitud y orientación de la oración en la primera época cristiana”, en *Revista de Arqueología Cristiana* 72, 2006.

⁵⁰ BENEDICTO XVI, Prefacio al volumen XI de *Opera omnia. Teologia della Liturgia*, 2010. “Los primeros cristianos rezaban hacia Oriente, hacia el sol naciente, símbolo de Cristo que vuelve. Con ello querían señalar que el mundo entero está de camino hacia Cristo y que Él abarca este mundo en su totalidad. Esta relación con el cielo y la tierra es muy importante. No es casual que las antiguas iglesias estuviesen construidas de tal modo que el sol proyectase su luz en el templo en un momento muy determinado. Justamente hoy, cuando tomamos nuevamente conciencia de la importancia de las interacciones entre la Tierra y el universo, debería reconocerse también el carácter cósmico de la liturgia (BENEDICTO XVI, *Luce del mondo*, p. 153 en italiano). “En la Iglesia antigua existía la costumbre de que el obispo o el

Según Ratzinger, tras la reforma litúrgica se ha perdido de vista lo que está en el centro: “La Cruz está en el centro de la liturgia cristiana, con toda su seriedad: un optimismo banal, que niega el sufrimiento y la injusticia en el mundo y reduce el ser cristiano al ser cortés, no tiene nada que ver con la liturgia de la Cruz”⁵¹. Predicando en la Catedral de Westminster en 2010, Benedicto XVI dijo que el gran crucifijo que dominaba la nave recordaba que Cristo, “nuestro sumo y eterno sacerdote, une cada día a los méritos infinitos de Su sacrificio nuestros propios sacrificios”⁵².

b. La adoración y el silencio

Para Benedicto XVI es intrínseca la relación entre Eucaristía y adoración, que es como el “ambiente” espiritual dentro del cual la comunidad puede celebrar bien. La liturgia debe ir precedida, acompañada y seguida de una actitud interior de fe y de adoración porque en la Eucaristía, Quien viene a nuestro encuentro y desea unirse a nosotros es el Hijo de Dios, y «ante Cristo crucificado todo el cosmos, el cielo, la tierra y el abismo, se arrodilla (cfr. Fl 2, 10-11)... La humildad de Dios, el amor hasta la cruz, nos demuestra Quién es Dios. Ante Él nos ponemos de rodillas, adorando. Estar de rodillas ya no es expresión de servidumbre, sino precisamente de la libertad que nos da el amor de Dios, la alegría de estar redimidos»⁵³.

De aquí la lección silenciosa de Benedicto XVI sobre la Comunión dada en la boca y de rodillas, ya que la Comunión en la mano es algo permitido por un indulto, es decir, un acto de duración limitada, que en cambio se ha convertido en regla, con la consiguiente minusvaloración de la sacralidad del gesto y de la propia presencia real.

sacerdote, después de la homilía, exhortara a los creyentes exclamando: «Conversi ad Dominum», «Volveos ahora hacia el Señor». Eso significaba ante todo que ellos se volvían hacia el este, en la dirección por donde sale el sol como signo de Cristo que vuelve, a cuyo encuentro vamos en la celebración de la Eucaristía. Donde, por alguna razón, eso no era posible, dirigían su mirada a la imagen de Cristo en el ábside o a la cruz, para orientarse interiormente hacia el Señor” (BENEDICTO XVI, Homilía en la Vigilia Pascual, 22 de marzo de 2008). “Erik Peterson ha demostrado la estrecha conexión entre la oración hacia oriente y la cruz, conexión evidente como muy tarde en el periodo constantiniano. [...] Entre los cristianos se difundió la costumbre de indicar la dirección de la oración con una cruz sobre la pared oriental en el ábside de las basílicas, pero también en las habitaciones privadas, por ejemplo, de monjes y eremitas” (U.M. Lang, *Rivolti al Signore*, Siena 2006, p. 32). “Si se nos pregunta hacia dónde miraban el sacerdote y los fieles durante la oración, la respuesta debe ser: ¡a lo alto, hacia el ábside! La comunidad orante durante la oración no miraba, de hecho, adelante al altar o a la cátedra, sino que elevaba a lo alto las manos y los ojos. Así el ábside llegó a ser el elemento más importante de la decoración de la iglesia, en el momento más íntimo y santo de la actuación litúrgica, la oración” (S. Heid, «Gebetshaltung und Ostung in frühchristlicher Zeit», *Rivista di Archeologia Cristiana* 82 [2006], p. 369).

⁵¹ J. RATZINGER, “I 40 anni della Costituzione sulla Sacra Liturgia” en *Opera Omnia*, 775-776.

⁵² BENEDICTO XVI, Homilía Santa Misa, Catedral de la Preciosísima Sangre de Nuestro Señor Jesucristo, City of Westminster, 18 de septiembre de 2010

⁵³ BENEDICTO XVI, Lectio divina durante el encuentro con los párrocos y sacerdotes de la diócesis de Roma, 10 de marzo de 2011

“Existen ambientes, no poco influyentes, que intentan convencernos de que no hay necesidad de arrodillarse. Dicen que es un gesto que no se adapta a nuestra cultura (pero ¿cuál se adapta?); no es conveniente para el hombre maduro, que va al encuentro de Dios y se presenta erguido. (...) Puede ser que la cultura moderna no comprenda el gesto de arrodillarse, en la medida en que es una cultura que se ha alejado de la fe, y no conoce ya a Aquel ante el que arrodillarse es el gesto adecuado, es más, interiormente necesario. Quien aprende a creer, aprende también a arrodillarse. Una fe o una liturgia que no conociese el acto de arrodillarse estaría enferma en un punto central”⁵⁴.

Y como gesto adorante, no sólo la postración: también el silencio. El silencio profundo de un millón de jóvenes ante el Santísimo Sacramento en Colonia fue inolvidable para Benedicto XVI, quien diría: “Aquel silencio orante nos unió, nos dio un gran consuelo. En un mundo en el que hay tanto ruido, tanto extravío, se necesita la adoración silenciosa de Jesús escondido en la Hostia”⁵⁵. En la Misa tradicional, el “silencio” del Canon Romano y de la consagración recuerda que el mundo estuvo silencioso durante la crucifixión. Sólo el tímido sonar de las campanillas atraviesa ese *sacrum silentium*, anunciando la elevación de la Hostia y el Cáliz.

c. El latín y el gregoriano

La pregunta es: ¿de verdad el latín estorba? ¿De verdad la gente es incapaz de comprender la Misa tradicional y es capaz de comprender el *Novus Ordo*? Aunque la escuchemos en la propia lengua, ¿comprendemos lo que realmente acaece en la Santa Misa? ¿De veras la lengua vernácula ha ayudado a un aumento de fe en la transustanciación? De acuerdo: la gente no entiende la Misa en latín. ¡Pero tampoco en vernácula! La “comprensión” que de la Misa tienen hoy muchos católicos, es subjetiva y superficial, porque para “comprender” (dejando aparte que es imposible *comprender* el *mysterium fidei*) se necesita algo más que la lengua vernácula. También el *Novus Ordo* precisa una catequesis más ortodoxa y una predicación más sólida de las que hoy se ofrecen a los fieles. En sí misma, la lengua vernácula no contribuye a crear una conciencia profunda sobre la transustanciación y la adoración al Santísimo Sacramento. Además, la precisión doctrinal del latín preserva la ortodoxia de un texto litúrgico no sujeto a modas ni a vicisitudes temporales o sociológicas. En su monumental encíclica *Mediator Dei*, el Venerable Pío XII recuerda que “el uso de la lengua latina... es un signo manifiesto y bello de unidad, como también un antídoto efectivo contra cualquier corrupción de la verdad doctrinal”. El Vaticano II quiso preservar el latín en los ritos latinos. En la víspera de la apertura del Concilio, con la Constitución Apostólica *Veterum Sapientia* San Juan XXIII recordó que si las verdades católicas fueran confiadas a lenguas modernas sujetas a cambio, su sentido no quedaría de manifiesto con suficiente claridad. La Misa en latín nos recuerda, además de la primacía del Pontífice romano, que pertenecemos a una comunión universal, católica. El Papa Pío XI dijo en su Carta *Officiorum Omnium* de 1922: “la Iglesia, porque abarca a todas las naciones y está destinada a perdurar hasta el final de los tiempos, requiere, por su verdadera naturaleza, de una lengua que sea universal, inmutable y no vernácula”. Y

⁵⁴ J. RATZINGER, *El espíritu de la liturgia*, 209; 219.

⁵⁵ BENEDICTO XVI, Discurso en el encuentro con el clero, Catedral de Varsovia, 25 de mayo de 2006

San Juan Pablo II escribió en 1980 en *Dominicae Coenae*, que “la Iglesia romana tiene una deuda especial hacia el latín, la espléndida lengua de la antigua Roma, y debe manifestarla en todas las ocasiones que se le presenten”. Aunque algunos fieles (no tantos como nos quieren hacer creer) no sean amigos del latín, sería completamente contrario a la mente de la Iglesia afirmar que la Misa debería celebrarse totalmente en lengua vernácula. Trento declaró: “Si alguno dice... que la Misa debe ser celebrada sólo en lengua vulgar... sea anatema” (Sesión XXII, canon 9). Es llamativo que el Concilio haga esta puntualización con un anatema en un canon dogmático y no en un decreto disciplinar⁵⁶.

Y sin embargo de todo lo antedicho, hoy sufrimos en la Iglesia una verdadera *damnatio* del latín, que, arrastrando consigo al gregoriano, ha hecho que éste ya no se escuche en iglesias, monasterios y seminarios, sino en conciertos profanos, convertido en un vehículo de lucro ajeno a la fe.

CONCLUSIÓN

En los diez años transcurridos desde 2007 se han duplicado los lugares del mundo en los que es posible asistir a la Misa Tradicional, que contribuye a la unidad pastoral y eclesial. Según *Corrispondenza Romana*, en Francia pasaron de 120 en 2007 a 220 en 2017 entre los acogidos a la Comisión Pontificia *Ecclesia Dei* (crecimiento del 83%). A estos habría que sumar los 195 de las misas en centros de la Hermandad de San Pío X, que han crecido menos en esta década (un 5%) porque en 2007 la congregación fundada en 1970 por el arzobispo Marcel Lefebvre (1905-1991) ya estaba totalmente extendida por todo el territorio francés. En total 415 sitios, una expansión en virtud de la cual hoy día **el 25% de los seminaristas en Francia estudian en seminarios que celebran según la forma extraordinaria**. Para ese mismo periodo, en Estados Unidos el número de parroquias o centros de misa tradicional "se ha más que duplicado", y en los países centroeuropeos (Alemania, Austria y Suiza) ha pasado de 42 en 2007 a 87 en 2017: un crecimiento del 107%. Esa expansión abarca todo el mundo: Cuba, Singapur, Lituania, Zimbabwe o Corea del Sur. También en Indonesia, el país con mayor número de musulmanes del mundo, en tres enclaves: Yakarta y Bandung (Java) y Pontianak (Borneo), donde la celebra el mismo arzobispo emérito. Según el arzobispo Guido Pozzo, secretario de la Comisión Pontificia *Ecclesia Dei*, la supuesta ruptura de la armonía litúrgica que alimenta todavía las reticencias de algunos obispos carece de fundamento. En declaraciones a *Radici Cristiane*⁵⁷ afirmaba que si en una diócesis la Misa Tradicional es vista como un riesgo de falta de armonía con la llamada 'sensibilidad diocesana', significa que en esa diócesis no hay una formación adecuada sobre la liturgia. La 'sensibilidad' por sí misma no puede constituir el criterio de valoración pastoral, puesto que la pastoral católica presupone la doctrina de la fe. Por tanto, la antigua liturgia no debe ser interpretada como un trastorno o una amenaza para la unidad pastoral y eclesial, sino como un don que sirve a la edificación del Cuerpo de Cristo⁵⁸.

⁵⁶ Cf. R. SPATARO, *Elogio della Messa Tridentina e del latino lingua della Chiesa*, Fede & Cultura, Verona 2015.

⁵⁷ Número 126, julio/agosto 2017

⁵⁸ Cf. C. LÓPEZ-ARIAS, en *Religión en Libertad*, 7 de julio de 2017: <http://www.religionenlibertad.com/diez-anos-aplicacion-summorum-pontificum-los-lugares--57918.htm>

¿Por qué cuando se ha hecho de todo para renovar la liturgia y atraer a los jóvenes, ellos no van a Misa? ¿Por qué crece el número de jóvenes afectos al rito antiguo? Nadie nacido a partir de los años 70 puede ser un “tradicionalista” nostálgico de tiempos pasados. Estos jóvenes sólo buscan adorar mejor al Señor, con un deseo totalmente espiritual y para nada ideológico (como se querría hacer creer). Y con la forma extraordinaria lo logran. Deben atender a este fenómeno aquellos cuya misión es *episcoperein*: observar, vigilar.

Hace tres meses estuve en París. La Catedral de Notre Dame, la Basílica del Sacré Coeur de Montmartre, otras muchas iglesias que visité, estaban llenas de jóvenes. Los sacerdotes y seminaristas me decían que en muchas parroquias parisinas se celebra tranquilamente con las dos formas del rito romano, sin ningún problema. En España deberíamos liberarnos de la funesta contraposición entre ambas formas: celebrar con toda naturalidad en la forma extraordinaria significa vivir la continuidad de la Iglesia, su unidad sincrónica y diacrónica.

La Misa tradicional es bella, ¿quién podría negarlo?⁵⁹ Pero es que, además, sus frutos también lo son. Porque la *via pulchritudinis* es un excelente *itinerarium in Deum*. Son bellos el silencio, la orientación, el latín, el gregoriano, la viril y señorial piedad del sacerdote, la humildad de los fieles arrodillados, el brillo de los ojos de los pequeños acólitos al sostener la casulla del preste, mientras tocan la campanilla al alzar. Es bello Jesucristo Crucificado, que *stat, dum volvitur orbis*. Y es bella la Salve rezada al final, mirando todos a la *Tota Pulchra*, la Inmaculada Madre de Dios, la más hermosa de las criaturas: María Santísima, Cuya es esta bendita tierra andaluza. Haga Ella, la *Mater Ecclesiae*, que desde Andalucía, por el celo de Pastores y fieles, se extienda a todas la diócesis de nuestra Patria España la Misa de siempre, la que nos devolvió Benedicto XVI, un Papa sabio y santo, *ad laudem et gloriam Nominis Dei, ad utilitatem quoque nostram totiusque Ecclesiae suae sanctae*.

⁵⁹ Cf. R. SPATARO, *Elogio della Messa Tridentina e del latino lingua della Chiesa*, Fede & Cultura, Verona 2015, 24-25.